

propio tesoro, se ausenta y se va, cual si quisiese autorizar para el amor ó al amor mover á su huésped. Y ciego lo confía en palabras cariñosas al cuidado solícito de su Helena, la cual no puede por modo alguno desobedecerle sin desacatarle, ni obedecerle sin herirle. Cuando un hombre cree tan fácil y llano la imposible custodia de una mujer así, el frío desamor de un huésped como Paris, indica bien no saber hasta dónde llega la hermosura de su esposa. Si las seducciones de Paris no bastaran, bastaría la ocasión ofrecida por las confianzas de Menelao. Así el seductor aconsejaba con pérfido consejo á Helena, que aprovechara la ocasión ofrecida por su esposo y bebiera la copa presentada por la mano misma de aquel obligado á preservarla y á defenderla. Mientras la reina dormía sola en tálamo, casi por su esposo despreciado, Paris le ofrecía placeres sin fin bajo un juramento, al cual uniría cuantos dioses á Helena le pluguiera, empleando cuantas fórmulas Helena le dictara. Pronta la flota, el remo apercebido, soplando brisa propicia, podía irse con facilidad á las ciudades dardanias, atravesando pueblos que la saludarían como á una diosa y recibiendo en aras sacras víctimas cruentas sacrificadas por cuchillas de sacra liturgia y envueltas en humo de bien oliente cinamomo. No hay miedo, no, á una guerra entre asiáticos y griegos, por-

que ningún rapto, ni el de la joven Electrea por los tracios, ni el de la hija de Minos por Teseo, trajeron conflicto alguno; y si hubiera de traerlo el cumplimiento de su proyecto, arrostraríalo todo antes que desamor y ausencia.

Ovidio pone una respuesta de la hermosa Helena, y una respuesta muy firme, á las palabras de Paris. El audaz decir de éste ha manchado sus ojos. Extranjero y huésped, ha intentado faltar así á los territorios como á los hogares donde se alberga, faltando á una reina y á una esposa legítimas. Abierto el palacio á su persona y el mar á sus naves, paga esta doble hospitalidad con dobles ultrajes. Le creían huésped y resulta enemigo. Helena buscaba inútilmente los motivos que hubieran podido autorizar á Paris en su audacia. Verdad que no le opusiera un ceño durísimo, pero verdad también que no lo incitara con esperanzas ni con promesas el ardiente y asesino deseo. Porque un día el nieto de Neptuno la injuriara ¿tenía que pasar dos veces por la injuria? La falta del raptor fuera su falta si de grado la hubiese compartido, admitiendo aquella nefasta y deshonrosa pasión. Pero Helena contestó á sus amores con aborrecimiento. Los audaces labios de aquel hombre le arrancaron furtivamente un beso contenido y rehusado por ella; mas no pasó de aquí. Intacta volvió al seno

de su hogar é intangible quiere permanecer para su honra. No detestará, en verdad, á Paris Helena, porque no pueden pagarse con odios los amores; mas no tendrá en él ninguna confianza. Querer engañarla porque Júpiter engañó á su madre, no pasará de proyecto en quien jamás tendrá el recurso de revestir formas embusteras, como las que revisten los dioses. Aquella su carta, rica en promesas, no la tentará, porque nunca le creyera capaz de haberse rendido á cualquier halago que no fuese su amor. Si hubiera de caer en sus brazos, caería de grado, prefiriéndole á sus promesas y á sus dones. Mil veces había visto las señales de su seducción: miradas lascivas, suspiros importunos, indicaciones con la copa, sonrisas voluptuosas en los labios, cábalas de los dedos, fruncimientos de las cejas, la frase «te amo» escrita con vino sobre los manteles; á todo se ha decidido Paris y de todo se ha recatado Helena. Verdaderamente bello y codiciado por las jóvenes, también tiene sus codiciosos ella, por haber en el mundo quien posea tanta vista para mirar como Paris y más corazón para sentir. Si llegara Paris el día en que debió elegir esposo, cuando tantos amadores se agolpaban á su paso rendidos, Helena le prefiriera, porque si entonces se hallaba en el caso de ser esposa, no se halló después en el caso de ser adúltera. Si Venus la pro-

metió á su amor, condenóla indudablemente con estas preferencias á la envidia de todo su sexo. Helena desconocía los senderos del crimen y estaba resuelta por interior incontrastable resolución á no frecuentarlos jamás. Si Menelao está ausente, la libertad alcanzada no autoriza el abuso propuesto. Además, el brazo y el cetro de un monarca llegan lejos y se mueven mucho á todo desquite. Si Menelao dejó á Helena, fué porque todas las alarmas que pudieran causarle ¡ay! la consideración de su hermosura, quedaban contrastadas por la consideración de su virtud. Cuanto más Paris encarecía su belleza, más aumentaba en la encarecida el terror. Solos ambos, convidábales al delito cuanto les circuía, porque al fin y al cabo mutuamente se habían rendido cada cual de ellos á sus sendas y respectivas gracias. Pero el amor de un peregrino resulta siempre volandero y errante. Helena se oía ya reargüida de adúltera por Paris, y no estaba en el caso de sufrir el peso de un crimen perpetrado por los dos. No, Helena parecía decidida en su interior á quedarse con sus padres, con su esposo, con sus hermanos, so el techo de su palacio, sobre los sepulcros de sus mayores, porque tenía seguridad indudable de producir la guerra y no quería corresponder con la muerte á los mismos á quienes debiera la vida.

Por fin el rapto se consumó. Los bajorelieves

antiguos guardan hoy á nuestra vista la clásica escena según la comprendían los griegos. Hermosísima nave, de maderas preciosas compuesta y chapeada brillantemente de metales varios, aguarda el arribo de la reina, prontos ya los remos á moverse y el piloto sentado en su sitio pronto á dirigir la marcha. Frigio el navío, lleva su tripulación los gorros caracterizados con el nombre de Frigia. Dos troyanos custodian á Helena que, sostenida por el amor, desgarrá sus velos y muestra de grado al voluptuoso joven sus más ocultos hechizos. Alzada Venus entre aquel amador y su amada, enciende voraz antorcha, mientras Paris, asentado en silla de las destinadas entonces á los más altos personajes, como si no pudiera tenerse de pie por el peso abrumador de sus emociones, contempla en una especie de absorción enajenadora, con toda su alma, con todo su sér, el rostro y el cuerpo de su amada. Los horóscopos no mintieron. Aquella terrible antorcha vista por Hécuba en los ensueños de su preñez, ahora, en este momento, arde para consumir en su voraz llama un sensual imperio. El destino pesa con su incontrastable pesadumbre y con su fuerza invencible sobre todos. Esta idea del destino antiguo presta un carácter trágico muy determinado á todos los personajes del clasicismo. Prometeo, que ha cometido el desacato de robar á los dioses las

llamas celestiales; Edipo, que ha matado á su padre y puesto la mácula de su amor incestuoso en el mismo lecho donde lo engendraran; Helena, por la mano de Paris asida y en raptó llevada desde las riberas griegas á la ciudad troyana; todos tres, en sus tragedias diversas, aparecen como juguetes del destino; y al aparecer como juguetes del destino, resultan en el crimen y en sus incidencias dramáticas resplandeciendo con los resplandores de la virtud, puros é inocentes; todo lo cual añade interés dramático á su historia, llena por tal contradicción insoluble de lo que llamamos en lengua literaria el terror trágico. Imposible desconocer cómo Helena es á un mismo tiempo culpada é inocente, y cómo esta mezcla de culpa é inocencia es el verdadero secreto de su grandeza en el teatro y de su esplendor en las artes.

Una vez consumado el robo, Menelao se dirige á los reyes griegos, quienes tenían un compromiso con él de auxiliarlo y defenderlo siempre que se viese injuriado en su persona ó familia y combatido en su autoridad ó en su poder. Enamorados los reyes de la hermosa Helena, y comprendiendo cuán difícil debía ser la guarda y custodia de beldad tan codiciada, juraron sostenerla en poder de Menelao contra cualquier ultraje de palabra ó atentado de hecho que pudiera sobrevenirle. Aunque temerario,

el rey de Lacedemonia se partió á Creta en busca de una herencia, cuando Paris asediaba su lecho nupcial; no le arguyeron por este descuido sus camaradas griegos, antes le consideraron más infeliz que culpado. Así la primer decisión de los monarcas griegos fué acorrer á Menelao y combatir á Troya, reuniendo para ello un poderoso y numerosísimo ejército, á cuya cabeza pusieron el fuerte Agamenón. Hecho esto, y antes de recurrir á las armas, diputaron una embajada en requerimiento de que les restituyeran á Helena. Mas Príamo respondió cómo no debían esperar ninguna satisfacción por el rapto de Helena, cuando ninguna ellos habían dado por el rapto de Hesione. La reina de los espartanos había entrado en su palacio para llamarse nuera suya, y no quedaba lugar ni á reclamaciones ni á querellas. Desde aquel punto comienza la venganza. Como el principio democrático y republicano está contenido virtualmente, por una fuerza natural de las ideas, en los pueblos griegos, aun cuando pasaban por las fases monárquicas, fuerte asamblea de reyes se congregó á tomar supremas decisiones y á resolver aquel grave conflicto. El ataque á Troya se decidió por unanimidad. Sólo Ulises, enamorado profundamente de su mujer Penélope, fingió una intensa demencia para evadirse al compromiso y permanecer en su casa. Pero descubierto con facilidad

el engaño, no tenía otro remedio sino cumplir el compromiso. Los dos héroes principales de la guerra troyana fueron Aquiles por su fuerza y Ulises por su prudencia. Pues no estaban apercibidos ni uno ni otro en el momento de comenzarse la guerra. Mientras Ulises, por su parte, se fingía loco, pasaba su mocedad Aquiles fuera casi del mundo. Las célebres nupcias de Tetis y Peleo, ya mencionadas, engendraron al extraordinario héroe. De una diosa como la Nereida, y de un rey como el afortunado marido de ésta, debía provenir la nueva especie que llena en tal momento la historia toda de Grecia, los héroes. Nacidos éstos para el combate, la madre de Aquiles, una divinidad, hubiera deseado contrariar este destino y dar á su Aquiles toda la paz y toda la serenidad inalterable de un dios verdadero. Así lo bañó en la estigia laguna, con ánimo de que fuese invulnerable, como invulnerables eran las divinidades helénicas. Pero el talón por donde lo cogió para sumergirlo quedó fuera, y en aquel talón se concentró, contra los deseos de su madre, resuelta firmemente á hacerle inmortal, su irremediable mortalidad. Un centauro, monstruo marino, lo educó, y empeñado en revestirlo de la mayor fortaleza, dióle á comer continuamente médula de león. Las pinturas antiguas nos presentan el centauro bajo los árboles y á las orillas de los mares, junto á un ara

de mármol, sobre la que se levanta un canastillo de ofrenda, el hombre caballo, recién despedido por las aguas, enseñando al joven héroe cómo se pulsa la cítara y cómo se maneja la espada. Un oráculo había dicho que los griegos no lograrían cosa ninguna si con ellos no iban los mirmidones. Y como la representación de tal pueblo estaba entonces en Aquiles, resultaba la presencia de Aquiles indispensable al ejército. Súpolo Tetis, y lo encubrió de modo que nadie lo descubriera. Enviólo vestido de mujer al palacio de Licomedes, rogando á éste que lo guardara entre sus numerosas hijas. Allí Aquiles, en vez de manejar las armas, urdía sedas é hilos, blanco, y sonrosado, y tierno como una púdica virgen. A mayor abundamiento, un velo espesísimo encubría su rostro. Presentóse Ulises allí con su natural doblez, empeñado en averiguar é inquirir quién era entre tantas mujeres el fuerte varón Aquiles. Así, vendedor ambulante, llevaba joyas y armas, entrando con tal dispar y doble mercancía en casa de Licomedes. Las hijas de éste lanzáronse á una sobre las joyas, mientras el huésped sobre las armas. Con tal industria descubrieran los griegos el paradero de Aquiles. En cuadro de Filostrato véanse las mujeres compañeras de Aquiles cogiendo flores sobre un prado, mientras revelaba el héroe su complexión y su naturaleza íntimas en

lo masculino de sus formas y en lo violento de sus ejercicios. Un bajorelieve del Museo Pío Clementino presenta estas escenas. Aquiles arroja las vestiduras de mujer á sus piés, y toma la vibrante áurea lanza que le ofrece Ulises, mientras de un lado el amor y las hijas de Licomedes lo retienen, usando las naturales seducciones propias de su sexo, y de otro lado los griegos, vestidos ya con las armaduras del combate, vibran sus armas y tocan sus trompetas despertando los corajes bélicos en aquella naturaleza fortísima de verdadero héroe.

La armada griega se dirigió á Troya. Mas al zarpar, un viento contrario la retuvo en los mares de Aulides. Diana movía estos vientos, irritada con Agamenón por haberle matado sacrílegamente una cierva en los bosques adscritos á su culto. Había en los ejércitos griegos siempre un sacerdote ó adivino, el cual pasaba su tiempo en presagios ó augurios. Y estos adivinos asemejábanse todos ellos en sus procederes con los reyes helénicos á los profetas bíblicos en sus procederes con los reyes judíos. Así como hubo una disidencia eterna entre los monarcas de Jerusalén y aquellos poetas que adivinaban y presagiaban, hubo también una disidencia parecida entre los adivinos y los monarcas griegos. Y en virtud de tal situación creían los reyes que

les auguraban presagios desfavorables siempre los sacerdotes. Y lo creyó Agamenón de Calcas, pues, en efecto, éste le decía la imposibilidad completa de apaciguar á Diana si no le sacrificaba de grado aquél, y pronto, la más bella de sus prendas. ¿Y cuál podría resultar la más bella entre cuantas prendas Agamenón tuviera? Pues Ifigenia, su hija. ¡Terrible cosa el sacrificio é inmolación de una joven preciosísima en aras de cualquier divinidad irritada! Esta escena de los viejos tiempos helénicos señala en la historia el paso de los holocaustos humanos á otros sacrificios, cruentísimos todavía, pero compuestos en su mayor parte de animales. Imposibilitado el trayecto de la Hélade á la Frigia por los huracanes y los oleajes, batidos desde las alturas contra los griegos, no había otro remedio sino aplacar las divinidades pronto á cualquier precio. Ifigenia llegó al campamento de su padre, llamada so color de prometerla y desposarla en el mismo día de la partida con héroe tan admirado como Aquiles. ¡Cuál no sería su asombro cuando, en vez de hallar el fuego de un propicio himeneo, halló el fuego de un siniestro y terrible holocausto! Ifigenia debía morir en las llamas. La esperada fiesta nupcial trocóse para ella en inesperada fiesta fúnebre. Placentero el vivir siempre, resulta mucho más placentero á la florida edad cuando todo el

cielo está iluminado por una santa esperanza y toda la tierra fecundada en una primaveral eflorescencia, henchido el aire de suspiros y el sol de promesas, el amor sólo revelado por doradas ilusiones, hirviendo la sangre y la respiración fácil, lleno el corazón de pasiones á cual más bella y los ojos enardecidos por una especie de visión magnética que aclara y hermosea lo porvenir, entre amistades que todavía no os han traicionado y ensueños que todavía no se han desvanecido, semejante alma y cuerpo á un arbusto animado por la savia de un Abril, que todo él se resuelve de suyo en mieles y en aromas. Imaginaos á Ifigenia, joven, hermosa, princesa de alta condición, de regia stirpe, movida por las impaciencias de un amor que debe lograrse pronto, el cual tiñe la mejilla de arreboles y enciende los ojos en vívido calor, encontrándose, no el tálamo nupcial, sino el sepulcro; no el amor que crea, sino el sacrificio que mata. Por eso el arte antiguo ha tenido á gala presentarnos en sus dobles monumentos literarios y plásticos esta tierna escena de sus antiguas teogonías. En el célebre vaso de los Médicis vese la diosa Diana sobre su ara y á los piés Ifigenia, mientras de un lado y otro se hallan los jefes griegos aguardando á que la joven llegue á su inmolación y á que la inmolación les abra paso hacia las frigias riberas. Un cua-

dro de Timantes nos ofrece Agamenón velándose la faz para no ver el sacrificio, próximo á consumarse, de su hija. Pero quien ha presentado en mayor espacio y con más arte la escena referida es Eurípides indudablemente. La joven se ase á las rodillas de su padre Agamenón y le pide la misma existencia que le ha dado él, doliéndose de no verse asistida por aquella palabra que los dioses concedieron á Orfeo, la cual poseía tanta fuerza persuasiva en su arrebatadora elocuencia, que tornaba las piedras en corazones y removía las montañas. En verdad que á una hija, para herir las entrañas de su padre, bástale con la lluvia de sus lágrimas y con la evocación de su infancia. Imposible que le diera la vida tan sólo para quitársela. Imposible que la engendrara en su juventud tan sólo para helarla como el cierzo á la flor demasiado madrugadora y pronta. Un padre genera hijos para que le perpetúen la vida y no para que le precedan en la muerte. Antes que á ningún otro sér nombróle Ifigenia en sus primeros balbuceos á él, y antes que á ninguna otra le llamó á ella hija, durante largo tiempo unigénita. Para conservarla junto á sí habíala besado y bendecido al nacer, puéstola sobre sus rodillas, pedídole que le acariciara el rostro con aquellas sus breves manos, apenas visibles, destinadas á nutrirlo á él en su vejez y amorta-

jarlo muerto, no á urdirse prematuro sudario á sí misma en los días primaverales de su juventud y de su florescencia. Mil veces Agamenón pidiera delante de todos los suyos al cielo el verla vivir vida feliz juntamente con esposo escogido por su corazón y digno de su alcurnia para que pudiesen levantar un techo bajo el cual pasara él en respeto y con felicidad los últimos días suyos y engendrar hijos en cuyos labios oír mil veces repetido con amor el nombre de su abuelo. ¡Ah! Ninguna entre tantas súplicas pudo vencer al implacable destino, é Ifigenia llegó por fin al pie del ara donde los suyos la ofrecían á Diana. Pero aplacada la diosa con esta oferta sustituyóle una ternera, en la que acabaron para siempre los sacrificios humanos.

Al llegar aquí, penetra Homero en la poesía griega, y no sólo él en toda su excelsitud la representa, sino que absorbe por completo en su alma y en su sér el sér y el alma de Grecia. Persona ó personificación, Homero ha recogido cuantos cantares andaban por los aires ó por la memoria de Grecia en melodiosas notas y en patrióticos recuerdos, formando con todo ello un poema, del cual se derivara más tarde religión, poesía, teatro y escultura. Después de Homero, y antes de Homero, al modo que los astros forman las constelaciones y componen esas figuras conocidas con el